

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: Cómo se colgaron las primeras medias sobre las chimeneas (18/22)

Cuando recuerdes que ningún niño, hasta que Santa Claus comenzó sus viajes, había conocido el placer de poseer un juguete, comprenderás cómo la alegría se apoderaba de los hogares de aquellos que habían sido favorecidos con una visita del buen hombre, y cómo hablaban de él día tras día en tonos cariñosos y estaban honestamente agradecidos por sus bondadosas acciones. Es cierto que la gente hablaba a menudo de los grandes guerreros, los reyes poderosos y los eruditos inteligentes de aquel tiempo; pero ninguno de ellos era tan querido como Santa Claus, porque ningún otro era tan altruista como para dedicarse a hacer felices a los demás. Porque una acción generosa vive más que una gran batalla o que el decreto de un rey o el ensayo de un erudito, porque se propaga y deja su huella en toda la naturaleza y perdura a través de muchas generaciones. El trato hecho con el Príncipe Knook cambió los planes de Santa Claus para siempre; pues, al no poder utilizar los renos más que una noche al año, decidió dedicar

todos los demás días a la fabricación de juguetes y, en Nochebuena, llevarlos a los niños del mundo.

Pero sabía que el trabajo de un año daría como resultado una vasta acumulación de juguetes, así que resolvió construir un nuevo trineo que fuera más grande, más fuerte y mejor adaptado para los viajes rápidos que el viejo y tosco trineo anterior.

Su primer acto fue visitar al Rey Gnomo, con quien hizo un trato para intercambiar tres tambores, una trompeta y dos muñecas por un par de finas correderas de acero, enroscadas bellamente en los extremos. Porque el Rey Gnomo tenía sus propios hijos, que, viviendo en los huecos bajo la tierra, en minas y cavernas, necesitaban algo para entretenerse.

Al cabo de tres días, las correderas de acero estaban listas, y cuando Claus llevó los juguetes al Rey Gnomo, su Majestad quedó tan complacido con ellos que, además de las correderas, le regaló una ristra de cascabeles de trineo de dulce sonido.

—Esto les gustará a Lustroso y Sedoso —dijo Claus, mientras hacía sonar los cascabeles y escuchaba su alegre sonido—. Pero debería tener dos ristras de cascabeles, una para cada ciervo.

—Tráeme otra trompeta y un gato de juguete —respondió el Rey—, y tendrás una segunda ristra de cascabeles como la primera.

—¡Es un trato! —gritó Claus, y se fue de nuevo a casa a por los juguetes.

El nuevo trineo se construyó con sumo cuidado, pues los Knooks trajeron un montón de tablas fuertes pero finas.

Claus construyó un tablero alto y redondeado para protegerlo de la nieve que dejaban tras de sí los veloces cascos de los ciervos, hizo unos laterales altos en la plataforma para poder transportar muchos juguetes y, por último, montó el trineo sobre las esbeltas guías de acero fabricadas por el Rey Gnomo.

Era un trineo muy bonito, grande y espacioso. Claus lo pintó con colores brillantes, aunque era probable que nadie lo viera durante sus viajes a medianoche, y cuando todo estuvo terminado mandó llamar a Lustroso y Sedoso para que vinieran a verlo.

Los ciervos admiraron el trineo, pero declararon con gravedad que era demasiado grande y pesado para que ellos lo tiraran.

—Podríamos tirar de él sobre la nieve, sin dudas —dijo Lustroso —, pero no lo haríamos lo suficientemente rápido como para permitirnos visitar las ciudades y pueblos lejanos y regresar al Bosque al amanecer.

—Entonces debo añadir dos ciervos más a mi equipo — declaró Claus, después de pensarlo un momento.

—El Príncipe Knook te permitió hasta diez. ¿Por qué no usarlos todos? —preguntó Sedoso —. Así podremos correr como el rayo y saltar a los tejados más altos con facilidad.

—¡Un equipo de diez renos! —gritó Claus encantado—. Será estupendo. Por favor, regresen al Bosque de inmediato y elijan ocho ciervos lo más parecidos a ustedes posible. Y todos deben comer de la planta de casa para volverse fuertes, la planta grawle para hacerlos ágiles, y la planta marbon para que vivan mucho

tiempo y me acompañen en mis viajes. Asimismo, será bueno que se bañen en el Estanque de Nares, que la encantadora Reina Zurline declara que los volverá realmente bellos. Si cumplen fielmente estos deberes, no hay duda de que en la próxima Nochebuena mis diez renos serán los más poderosos y hermosos que el mundo haya visto jamás.

Así que Lustroso y Sedoso fueron al Bosque a elegir a sus parejas, y Claus empezó a considerar la cuestión de un arnés para todos ellos.

Al final pidió ayuda a Peter Knook, pues el corazón de Peter es tan bondadoso como su cuerpo torcido, y además es extraordinariamente astuto. Y Peter accedió a proporcionar tiras de cuero duro para el arnés.

Este cuero estaba cortado de pieles de leones que habían alcanzado una edad tan avanzada que morían de forma natural, y por un lado tenía pelo leonado mientras que el otro lado estaba curado hasta la suavidad del terciopelo por los hábiles Knooks. Cuando Claus recibió estas tiras de cuero, las cosió cuidadosamente para hacer un arnés para los diez renos, que resultó ser fuerte y útil y le duró muchos años.

El arnés y el trineo se preparaban a deshoras, pues Claus dedicaba la mayor parte de sus días a la fabricación de juguetes. Éstos eran ahora mucho mejores que los primeros, pues los inmortales acudían a menudo a su casa para verlo trabajar y hacerle sugerencias. Fue idea de Necile hacer que algunos de los muñecos dijeran "papá" y "mamá". A los Knooks se les ocurrió poner un chirrido dentro de los corderitos, para que cuando un

niño los apretara dijeran "¡baaa!". Y la Reina de las Hadas aconsejó a Claus que pusiera silbatos en los pájaros, para hacerlos cantar, y ruedas en los caballos, para que los niños pudieran arrastrarlos. Muchos animales perecieron en el Bosque, por una u otra causa, y le llevaron a Santa Claus sus pieles para que cubriera con ellas las pequeñas imágenes de bestias que hacía como juguetes. Un alegre Ryl sugirió a Claus que hiciera un burro con una cabeza que asintiera, cosa que hizo, y después se dio cuenta de que divertía enormemente a los más pequeños. Y así, los juguetes crecieron en belleza y atractivo cada día, hasta que fueron la maravilla incluso de los inmortales.

Cuando se acercaba otra Nochebuena, había un monstruoso cargamento de hermosos regalos para los niños listo para ser cargado en el gran trineo. Claus llenó tres sacos hasta los topes y metió juguetes por todos los rincones de la caja del trineo.

Entonces, al anochecer, aparecieron los diez renos y Sedoso se los presentó a Claus. Eran Trueno, Relámpago, Juguetón, Cupido, Cometa, Bailarín, Acróbata y Rodolfo, que, con Lustroso y Sedoso, formaban los diez que han recorrido el mundo estos cientos de años con su generoso amo. Todos ellos eran extremadamente hermosos, de extremidades esbeltas, larga cornamenta, ojos oscuros aterciopelados y pelaje liso de color leonado moteado de blanco.

Claus los amó desde el primer momento, y los ha amado desde entonces, porque son amigos leales y le han prestado un servicio impagable.

El nuevo arnés les sentaba de maravilla y pronto estuvieron todos sujetos al trineo de dos en dos, con Lustroso y Sedoso a la cabeza. Llevaban las cuerdas de los cascabeles de trineo, y estaban tan encantados con la música que hacían, que no paraban de brincar arriba y abajo para hacer sonar los cascabeles.

Claus se sentó en el trineo, se cubrió las rodillas con una cálida manta y se tapó las orejas con un gorro de piel, e hizo chasquear su largo látigo como señal de partida.

Al instante, los diez saltaron hacia adelante y se alejaron como el viento, mientras el alegre Claus reía alegremente al verlos correr y gritaba una canción con su cálida y gran voz:

"¡Con un jo, jo, jo,
y un ja, ja, ja!
Y un jo, jo! ja, ja, je!
Partimos ahora
pues ya es hora,
¡de hacer a los niños felices!"
¡Hay mucha alegría
En nuestra carga de juguetes,
Como muchos niños pronto han de saber;
Los repartiremos en un día
veloces como un cohete
Sobre la nieve antes del amanecer!"

Aquella misma Nochebuena, la pequeña Margot, su hermano Dick y sus primos Ned y Sara, que estaban de visita en casa de Margot, llegaron de hacer un muñeco de nieve, con la ropa mojada, los mitones empapados y

los zapatos y las medias mojados, calados hasta los huesos. No los regañaron, pues la madre de Margot sabía que la nieve se estaba derritiendo, pero los mandaron pronto a la cama para que colgaran la ropa sobre las sillas y se secase. Los zapatos se colocaron sobre las tejas rojas de la chimenea, donde el calor de las brasas los calentaba, y los calcetines se colgaron cuidadosamente en fila en la chimenea, directamente sobre ella. Esa fue la razón por la que Santa Claus se fijó en ellos cuando bajó por la chimenea aquella noche en que toda la casa estaba profundamente dormida. Tenía mucha prisa y, al ver que todas las medias pertenecían a niños, se apresuró a meter en ellas sus juguetes y volvió a subir corriendo por la chimenea, apareciendo en el tejado tan de repente que los renos se asombraron de su agilidad.



“Ojalá todos colgaran sus medias. Me ahorraría mucho tiempo y así podría visitar a más niños antes del amanecer”, pensó mientras se dirigía a la siguiente chimenea.

A la mañana siguiente, cuando Margot, Dick, Ned y Sara saltaron de la cama y bajaron corriendo a buscar sus calcetines en la chimenea, se llenaron de alegría al ver los juguetes de Santa Claus en su interior. De hecho, creo que encontraron más regalos en sus calcetines que

cualquier otro niño de aquella ciudad, porque Santa Claus tenía prisa y no se paró a contar los juguetes. Por supuesto, se lo contaron a todos sus amiguitos y, naturalmente, cada uno de ellos decidió colgar sus propios calcetines junto a la chimenea la siguiente Nochebuena. Incluso Bessie Blithesome, que visitó aquella ciudad con su padre, el gran Lord Lerd, escuchó la historia contada por los niños y colgó sus propios calcetines junto a la chimenea cuando regresó a casa por Navidad.

En su siguiente viaje, Santa Claus encontró tantos calcetines colgados en espera de su visita que pudo llenarlos en un santiamén y marcharse de nuevo en la mitad del tiempo necesario para buscar a los niños y colocar los juguetes junto a sus camas.

La costumbre creció año tras año y siempre ha sido de gran ayuda para Santa Claus. Y, con tantos niños a los que visitar, seguro que necesitaba toda la ayuda que podemos darle.